

UN NEGOCIO FUERA DE LO COMÚN

geraldine robles chipana

Image not found.

Capítulo 1

UN NEGOCIO FUERA DE LO COMÚN.

Pongámonos en contexto. Estamos en el siglo XXIII, específicamente en el año 2278 y, como es de suponerse, la ciencia ha avanzado de forma extremadamente veloz. Con decir que los planetas que antes eran considerados inhabitables, ahora son destinos en los que cualquier persona con una mínima cantidad de dinero para poder permitírselo va a vacacionar por un fin de semana o, si así lo desea, por meses y hasta hay algunas personas que se establecen ahí definitivamente. Esto ha generado nuevos (y muy lucrativos) negocios y puestos de trabajo. Pero hay cosas que siguen siendo tan parecidas al pasado, como por ejemplo las ambiciones, las traiciones y, por sobre todas las cosas, ese dicho que algunos aplican el cual reza "el fin justifica los medios". Bien, ahora hablemos de lo que importa. No solo en el ámbito espacial ha avanzado la ciencia. No, también lo a echo en el ámbito médico. La muerte, tal como se la conocía en el pasado, ya no existe. Unos médicos habían logrado desarrollar un gen que, cuando fue soltado en el aire (accidentalmente, todo hay que decirlo) provocó que los sistemas fundamentales para sobrevivir se reparasen solos. Específicamente que las células, las neuronas y todo ese tinglado que tenemos dentro no se degenerasen. Y bueno, podemos especular que todo el mundo se sentía feliz. La única manera en la que se podía morir era por asesinato, suicidio o algún fatal accidente. Claro que eso de la felicidad mundial es solo una especulación. No, aunque suene increíble, había personas que no se sentían para nada felices con todo esto de la inmortalidad. Esto lo había descubierto una mujer de nombre Marcia junto a su esposo Douglas y otros amigos. Un día, Marcia y su marido, prósperos negociantes vendedores de autos voladores (sí, ya existen y están en el mercado, que no sorprenda a nadie) habían ido a una cena con el ya antes mencionado grupo de amigos: James, Constance y Miguel. La cena fue en la casa de este último. Contaré, porque es fundamental hacerlo, que Miguel había creído estar felizmente casado hasta hacía ya una semana y media... cuando había descubierto a su querida esposa en su propia cama con un total desconocido para él. Resumámoslo todo en que el desconocido había acabado casi muerto y Miguel había pasado dos días encerrado y, solo gracias a pagar una cuantiosa fianza y a que el tipo había decidido no levantar cargos, lo soltaron. Y ahora Miguel estaba con una depresión tremenda. Sus amigos, en un acto de generosidad, decidieron hacerle compañía y, como el día del que hablaré ahora era el único en el que todos estaban libres, fueron a cenar con él.

Luego de cenar -cordero asado, para variar -y de que Miguel los hubiese torturado a todos (y a si mismo) incontables veces con el video de su matrimonio, Douglas, arto como todos de la tristeza de su amigo y en un arranque, le arrebató el control con el que este manipulaba el reproductor

de video y lo apagó.

-No puedes seguir así, Miguel -dijo con voz que intentaba ser consoladora
-ella no se lo merece.

- ¡Tú te crees que yo no lo sé, Douglas! -Exclamó Miguel -pero no lo puedo evitar, la amaba... ella era mi razón de vivir, la única mujer a la que le di mi corazón sin reservas.

-Y tus cuentas de banco -murmuró James en voz baja, pero no lo suficiente porque Miguel lo miró por un breve instante.

-Sí, eso también -dijo con tono neutro pasándose una mano por el pelo.

Constanese miró a todos y detuvo sus ojos en Miguel, a quien tomó la mano y se la apretó en ademán de apoyo.

-Saldrás de esta, amigo -dijo adoptando un tono seguro -te recuperarás y encontrarás a una persona que realmente te merezca.

Todos los demás asintieron exceptuando al destinatario de estas palabras, el cual bajó la cabeza en gesto derrotado.

-Miguel -empezó a decir Marcia -de todos los que estamos aquí reunidos tú siempre fuiste el más fuerte. Siempre llevando la contraria cuando algo te parecía incorrecto, siempre luchando por tus ideales y creencias. Tú eras quien no dudaba en saltarse normas si con eso podías ayudar a tus amigos o a cualquier persona que lo necesitase, ya fuera un total desconocido o alguien que te importaba en sobremanera. ¿No me digas que te vas a rendir ahora?

Miguel desvió sus ojos marrones hacia Marcia.

-Lo siento, Marcia. Lo siento mucho. Pero sabes perfectamente que por esa mujer yo habría dado la vida.

-Lo sé, pero...

Miguel la interrumpió.

-Saben todos ustedes -dijo pasando su mirada sobre los ocupantes de la mesa -en estos momentos odio la maldita inmortalidad que nos dieron esos médicos a los que se les escapó ese maldito gen aéreo.

Todos se le quedaron mirando, medio sorprendidos y medio asustados. El primero en romper el silencio fue James.

- ¿Estás diciendo que quisieras morirte?

- ¿No, para nada ¿qué te hace pensar eso -dijo Miguel con tono claramente sarcástico. James le dirigió una mirada dura.

-Bueno -decidió este seguirle la corriente -solo que acabas de soltar dos maldiciones en una misma frase y que te ves más abatido de lo que nunca te hemos visto todos. Nada grave, por supuesto.

Miguel esbozó una sonrisa socarrona.

-Basta -intervino Constance -no se estén atacando mutuamente.

Ambos bajaron la cabeza con gesto medio culpable.

-Dime -dijo Douglas adoptando un tono frío como de negociante y mirando a Miguel - ¿No sería mejor que la que muriese fuera ella?

Todos se sobresaltaron (todos menos Marcia) y miraron fijamente al que había hablado.

- ¿Qué estás proponiendo? Preguntó Miguel.

-Lo que proponemos -dijo Marcia, siguiendo el hilo de los pensamientos de su esposo -es que hay muchas personas a las cuales les gustaría ver muertas a otras que les han causado algún daño y... bueno... por una cantidad respetable de dinero el deseo podría cumplírseles.

Para cuando terminó de hablar, todos (menos Douglas) tenían los ojos abiertos por la sorpresa.

- ¿Estás proponiendo un negocio? Dijo James recuperándose de la impresión causada por las palabras de Marcia.

-Claro que lo están haciendo -contestó Miguel adelantándose a la contestación de su amiga -y, si nos ponemos analíticos, es un negocio que podría resultar francamente muy lucrativo.

-Supongo que todavía, este nuevo negocio suyo, no ha sido inaugurado ¿verdad? -preguntó Constance.

-Es una idea que se nos vino a la mente hace solo unas horas -contestó rápidamente Douglas.

-Y quieren que yo sea el primero en tomar sus servicios -afirmó Miguel con la voz totalmente inexpresiva.

-En realidad no lo habíamos pensado hasta que hablaste de morirte -dijo Marcia -y creo que no estaría tan mal.

-Saben -comenzó a decir Constance -que de hacer esto ¿tendrían que hacerlo ocultos? Hasta donde yo sé el asesinato sigue estando penado aquí y en Júpiter.

-Pero tenemos recursos para hacer parecer que todas las muertes son accidentales -rebatía Douglas con una leve sonrisa formándose en sus labios.

-Eso sí -dijo James -ustedes son las únicas personas capaces de hacer de la muerte un negocio rentable.

-Ya sabes -le dijo Marcia a James -somos el dúo dinámico -luego miró a su esposo - ¿verdad, amor?

Este sonrió abiertamente al tiempo que asentía.

Claro, querida. Por eso nos va tan bien juntos.

Miguel interrumpió levantando una mano.

- ¿cuánto me cobrarían?

Los esposos se miraron y asintieron al entender el pensamiento de uno en los ojos del otro.

-Para ti y por ser amigo -dijo Marcia

-Será gratis -terminó Douglas.

Miguel asintió, con una tenue sonrisa dibujándose en su rostro.

- ¿Y quién lo ará? Preguntó James.

-Creo -le cortó Constance también sonriendo -que eso no nos incumbe.

-Ella tiene razón -confirmó Marcia -nosotros tenemos nuestra gente.

Al día siguiente la noticia en primera plana y en programas informativos era un lamentable accidente de auto terrestre (todavía existen y son usados en determinadas ocasiones) que había dejado muertos a una pareja. La esposa de un empresario de nombre Miguel Andrade y su amante, decían todos.

Capítulo 2

ODIO FAMILIAR.

Rudolf Beaumont miraba, suplicante, a su hermano Cimon. Dentro de sí le reprochaba a este último que ni siquiera tuviese la amabilidad de invitarle a pasar a su casa, ni de ofrecerle un simple café caliente en tanto frío. No, el muy infeliz le dejaba, sin cargo de conciencia alguno, congelarse en la puerta de su casa mientras suplicaba por un poco de dinero.

-Por favor, Cimon... es solo una pequeña cantidad.

-Pequeña cantidad que no servirá para alimentar a mis sobrinos ni a mi cuñada, porque la pensión alimenticia no la pagas hace siglos. No, Rudolf. Ese dinero se irá en mujeres, alcohol y todos los vicios habidos y por haber en la faz de la tierra.

Rudolf sintió furia hacia su hermano. Le cogió con violencia por la pechera de su camisa y le susurró:

-Cimon, e venido aquí a pedirte de forma amable ayuda, pero no has accedido. Pues bien, queridísimo hermano, atente a las consecuencias. Y que conste que te lo advertí yo, Cimon.

Cimon se desprendió del agarre de su hermano.

-No me amenes, Rudolf. Ahora veo que Sophie hizo muy bien en dejarte y llevarse a los niños. ¡qué tal ejemplo de padre hubieras sido tú, hermano!

Luego Cimon Beaumont cerró la puerta en las narices de su hermano.

-Te vas a ir a la mierda por idiota, Cimon. Te lo dije.

Seis días después, la esposa de Cimon Beaumont -que había vuelto de un pequeño viaje a ver a sus padres -le encontró muerto, con un cuchillo atravesándole limpiamente la arteria carótida.

-Suicidio -dictaminaría el médico forense John Abdul Clark tras la autopsia pertinente. Su mujer e hijo, Edgar Beaumont, quedaron destrozados.

Galileo Torralva no se imaginaba que, para terminar su trabajo, debería darle su informe al hijo de su cliente muerto. Decían que el hombre se había suicidado. Pero Galileo sabía que las cosas no siempre eran como parecían a primera vista. Debía buscar la forma de hablar con Edgar

Beaumont. En ese momento le tocó la oportunidad de dar el pésame a la mujer e hijo del fallecido. El último nombrado sostenía contra su pecho el pequeño cofre de madera con las cenizas de su difunto padre.

-Disculpe -le susurró Galileo a Edgar luego de abrazar brevemente a la viuda -necesito hablar con usted en privado sobre la muerte de Cimon. Él no se mató, lo mandaron matar.

A punto estuvo de caerse el cofre con las cenizas de manos de Edgar. La mirada que este dirigió a Galileo era turbia, confundida.

- ¿De qué diablos habla usted?

-Por favor, en privado. Solo debo acabar mi trabajo.

Edgar dijo unas palabras a su madre y depositó en sus manos el cofre con las cenizas del padre. Luego miró a Galileo y le tomó bruscamente del brazo.

-Vamos -dijo con voz furiosa. Fueron a parar a un pequeño salón, que parecía una biblioteca de libros antiguos. Edgar cerró de un portazo y luego enfocó sus ojos en los ámbar de Torralva, no sin antes haberle soltado el brazo que Galileo no tardó en masajearse.

-Usted me va a explicar qué motivos tiene para decir que a mi padre lo han matado, ahora.

-Soy detective. Detective privado. Su padre me contrató para seguir a su tío...

- ¿A Rudolf?

-A ese mismo. Me dijo que tenía sospechas de que ese hombre estaba en algo raro.

- ¿Y lo estaba?

-Vaya si lo estaba. Él es el principal responsable de la muerte de Cimon Beaumont.

La noche estaba siendo fría y no aparentaba signos de ir a mejor. Galileo Torralva estaba mirando con mueca de incredulidad al tipo rechoncho, con una cicatriz que le recorría la parte derecha del rostro.

- ¿Sabes que esto me resulta increíble, Marc?

-Yo cumplí con sus instrucciones, jefe. Seguí a ese tal Rudolf al descampado ese abandonado donde se reunió con don Miguel Rabel. Ni me imaginaba que ese viejo canalla fuera un asesino. Le tenía yo por un avaricioso dueño de esas empresas de enlatados.

-Repíteme, lo más fielmente que puedas, lo que oíste en esa reunión.

-El tal Rudolf dijo que venía de pelearse con su hermano. - "es la última tentativa que hago" -le dijo al viejo Rabel. Le dijo que lo matara, que pareciera un suicidio. Que en cuanto recibiera la herencia, aportaría la cantidad que se necesitaba para seguir con los negocios de homicidio. Rabel, por supuesto, dijo que ese tema no era su problema y que por su lado ya no se le debía nada, que él solo se limitaría a hacer el trabajo como siempre lo hacía y que el tema de las aportaciones de Rudolf a los negocios ya era cosa de los altos jefes.

- ¿Y eso fue todo?

-Bueno, luego don Miguel le invitó a que se tomaran un cafecito bien caliente.

-Ya, eso no me interesa. Quédate con el dinero que ya te di y pide lo que quieras que yo lo pago, Cardone.

-Bien, jefe.

-Eso es lo que debía informar a su padre, señor.

Edgar se apoyó contra una estantería de libros. Estaba consternado. Ese detective acababa de decirle, si es que él no había comprendido mal, que a su padre lo había mandado matar su propio hermano.

- ¿Está seguro de lo que me a contado? -preguntó, con voz casi quebrada.

-Completamente, señor. Lamento contarle esto, pero debía acabar el trabajo encomendado por su padre.

Dentro de Edgar algo pareció romperse. Luego nació la rabia, el odio. Esos sentimientos tenían un único destinatario: Rudolf Beaumont, su propio tío.

- ¿Ya cobró, detective?

-Sí, no vengo por dinero. Solo por...

-Entonces fuera. Y no hable a nadie sobre esto, detective. ¡fuera!

Torrálva no esperó a escuchar más y se retiró tanto de esa supuesta biblioteca como de casa de los Beaumont lo más discretamente que pudo.

-Hable, cabrón. Hable o lo suelto. Rudolf sostenía de la corbata a Galileo Torralva. Estaban en el piso doce del hotel Superstar.

-No sé nada, señor. No sé ni siquiera quién diantres es usted, que está a punto de matarme.

-Lo sabes, bastardo. Sabes que soy Rudolf Beaumont y que mandé matar a mi hermano. Lo que quiero saber ahora es a quién más se lo has dicho, detective de quinta.

-No sé... no tengo ni idea de lo que me está hablando usted.

Cuando Galileo Torralva entró en su habitación, no tenía ni idea de que se encontraría a Rudolf Beaumont con un cuchillo, de que este lo amenazaría y que acabaría así. Con su vida colgando de una corbata, literalmente. El cuchillo había quedado sobre una pequeña mesita de noche, junto a la cama que Torralva, si le mataban, no ocuparía nunca más. Galileo no temía morir. Es más, no le importaba. Lo que temía es que su instinto de supervivencia ganase a su ética profesional y él terminara revelando el nombre de su cliente y del hijo de este. Ese era su gran temor.

-Eres o muy imbécil o muy prof...

Rudolf se cortó en pleno.

-Súbelo, tío. Y ni se te ocurra dejarlo caer porque te mato.

Era la voz de Edgar Beaumont. Rudolf sentía el cuchillo amenazante, dirigido por la mano de su sobrino. Hizo lo que este le indicaba y dejó al detective en el suelo del cuarto. Luego miró a su sobrino.

-Así que lo sabes, Edgar.

Edgar sujetó a su tío y le puso en el cuello el arma filuda. Precisamente en la arteria carótida.

- ¿Cómo te atreviste? Matar a tu hermano ia tu propio hermano!

-Ese hombre ya había dejado de ser mi hermano hace mucho tiempo, hijo. Pero a ti siempre te quise, sobrino...

-No me vengas con esas, desgraciado. Te vas a morir tal como mataste a mi padre. Y luego morirá el cerdo de Rabel. Tu socio Miguel Rabel, querido tío.

Rudolf se tensó. Si su sobrino llegaba a hacerle algo a Miguel... no, los jefes no lo pasarían por alto. Se molestarían mucho, por supuesto. Debía intentar huir, escapar... en ese momento sintió el pinchazo del cuchillo al clavarse en su arteria. Quiso hablar, pero no pudo. Edgar Beaumont lo soltó y Rudolf fue a parar con la cara contra el suelo. Se ahogaría con su propia sangre. Estaba ya condenado.

-Salga de aquí, Galileo -dijo Edgar mirando al detective que, apoyado en la puerta del cuarto, había presenciado todo lo sucedido.

- ¿Y usted?

-Yo me iré en un rato, Galileo. Pero escuche bien. Tiene que irse, amigo. Si los principales jefes se enteran que usted sabe algo sobre sus negocios le buscarán y le matarán. Váyase lejos, detective Torralva. iahora mismo, no me haga repetírselo!

Cuando Torralva salió del cuarto Edgar Beaumont miró a su tío. Esperaría unos diez minutos y luego se iría. Al día siguiente buscaría a Miguel Rabel. Le mataría, ese era su objetivo principal. Y luego se mataría él mismo. No soportaba ya cargar con una muerte encima, menos aún podría soportar hacerlo con dos.

Capítulo 3

VENGANZA PERSONAL.

Edgar Beaumont miraba el nada lujoso antedespacho del propietario de una supuesta compañía de comestibles instantáneos.

-Quien diría -pensaba -que estas oficinas son mera fachada de un negocio aún más lucrativo.

Se pasó una mano por la frente. Llevaba diez minutos esperando en ese lugar con sus paredes blancas, sin ningún elemento decorativo, la única puerta de madera negra, contrastante con las paredes, del supuesto propietario del lugar Miguel Rabel. Lo único grato a la vista de Beaumont eran las piernas de la secretaria de Rabel, a la que ya le estaban irritando las miradas nada discretas del hombre, razón por la cual Beaumont la vio levantar un pequeño aparato de comunicaciones en el que no solo se podía hablar con la persona si no también verla, sin saber que a quien llamaba la mujer era a su jefe para pedirle que, por favor, recibiera al tipo ese apellidado Beaumont, porque sus miradas no eran nada cómodas para su persona. Rabel, acomodado tras un escritorio sobrio, sin ninguna pretensión estética, soltó una carcajada y vio como la molestia se dibujaba en la cara de su secretaria, lo que no hizo más que aumentar su ataque de risa cuasi frenética. Cuando logró calmarse dijo haciendo un gran esfuerzo por hablar con cierta tranquilidad.

-Está bien, Lucía, no se moleste usted ni con Beaumont ni conmigo. No se moleste con el primero porque es normal que un hombre observe a una mujer bonita como usted, aunque Beaumont debe aprender a ser discreto. Y no se moleste conmigo, querida, es solo que en mi vida no pasan muy a menudo estas situaciones que, al menos a mí, me resultan graciosas. Dígale pues a Beaumont que pase, entonces.

Fuera de la oficina la secretaria no esperó para cortar la comunicación e hizo una seña con la mano a Beaumont para que se acercara. El hombre, al darse cuenta del gesto, se puso en pie y fue a la mesa de la secretaria con el rostro un tanto turbado. Ahora que, suponía, Rabel lo recibiría, se sentía un tanto nervioso. Lo que quería no era cosa de todos los días, no era cosa fácil.

-El jefe dice que pase -le dijo la secretaria a Edgar.

-Gracias -contestó este y se dirigió al único despacho que había. Tocó con más fuerza de la necesaria.

-Adelante -dijo la voz parecida a una de ultratumba de Miguel Rabel.

Rabel vio entrar, con paso un tanto inseguro, a Edgar Beaumont. Le vio cerrar la puerta e ir a sentarse en la silla al otro lado de su escritorio. Miguel le tendió la mano con una leve sonrisa en el rostro.

-Mucho gusto, señor Beaumont. Disculpe usted la demora en atenderle.

-No hay problema.

Edgar estrechó la mano de Rabel. Este último notó un temblor leve en la mano de Beaumont. Supo, entonces sin ninguna duda, que el asunto que traía a ese sujeto era algo que le ponía nervioso, hasta quizá le asustase un poco.

-cuénteme, señor Beaumont, qué le ha traído aquí, mi humilde despacho.

-Un amigo me habló de... como decirlo... su un tanto singular real actividad, su verdadero negocio.

Rabel hizo un gesto de sorpresa aparentemente auténtico.

- ¿verdadera actividad? Señor, no entiendo a lo que se refiere usted. Yo a lo único que me dedico es a la venta de alimentos envasados.

Rabel no se esperó que Edgar echase con gran ímpetu la silla hacia atrás, se levantase y pegase un puñetazo a su escritorio.

- ¡No me mienta! -dijo, con voz un tanto alta - ¡a mí no me mienta, carajo! Ya le dije que soy recomendado de un amigo, que sé de sus negocios reales y vengo a pedirle servicio. Sé que ustedes matan gente, y es lo que necesito.

La cara de Rabel, en todo ese tiempo, no había echo más que cobrar una absoluta impasibilidad.

-Siéntese -dijo con voz fría -y hablaremos como personas civilizadas del asunto que lo trae aquí. Y no me levante la voz, amigo, no en mi propio despacho.

Beaumont volvió a acomodarse en la silla.

-Dígame ahora, Edgar, qué requiere usted.

-Quiero que me maten.

- ¿Cómo?

-Como ustedes quieran. Antes de mi muerte les pagaré...

-No, no -le cortó Rabel -no me refiero a el como quiere que le matemos. Me refiero a que aquí matamos a la gente a la que nuestro cliente odia, no al cliente mismo.

- ¿y si le digo que a quien más odio en estos momentos es a mí mismo?

-Eso no cambia nada para mí, Beaumont.

- ¿quiere decir que no podrán matarme?

-Quiere decir, querido amigo, que le proporcionaremos los medios para que usted mismo se mate. No podemos hacerlo nosotros mismos, nuestros fundadores lo dejaron bien en claro en el reglamento, lo que no nos impide darle a usted los medios para que se quite la vida.

-Entonces deme esos medios. ¡ya! -exclamó Edgar. Media hora después, con el pago ya efectuado, Edgar Beaumont y Miguel Rabel se encontraban en una pequeña habitación pintada de negro. Había en ella una mesa sobre la que reposaba una pistola con silenciador y un cuchillo bien afilado.

-Bueno -dijo Miguel -estos son los dos medios con los que usted puede matarse, Beaumont. Lo dejo a su elección.

-De acuerdo, ya veo que si cobran deja de importarles a usted y sus jefes lo que el cliente haga con su vida.

Rabel sonrió de forma un tanto maligna.

-Así son los negocios, querido amigo.

Luego se giró, dirigiéndose a la puerta. Cuando ya tenía el pomo en la mano sintió el frío cañón de una pistola apoyado en su nuca.

-Dese la vuelta, Rabel. Hágalo despacio.

La voz de Edgar Beaumont había cobrado frialdad, pero lo más presente en ella era rabia. Rabia pura. Miguel siguió la orden, al tiempo que levantaba ambas manos. La pistola, entonces, pasó a apuntarle directo al corazón.

- ¿Qué demonios le pasa a usted, Beaumont? -inquirió el amenazado.

- ¿Le suena de algo el nombre de Cimon Beaumont?

Entonces Rabel lo comprendió. Edgar y Cimon, un hombre a quien un tipo que se negó a dar su identidad había mandado matar hacía ya casi seis años, debían de haber sido parientes.

-Yo solo cumplí instrucciones, Edgar. Entiéndalo, era... es mi trabajo -dijo Miguel, con voz asustada. Él no quería morir, le quedaban muchos motivos para conservar la vida. Además, le tenía un miedo atroz, indescriptible e inimaginable a la muerte.

-Eso poco o nada me importa, querido Miguel. Ese hombre era mi padre, desgraciado! ¡mi padre!

-Yo... no lo sabía, Edgar.

-Y no tenía por qué saberlo, cerdo. no, porque a usted y sus jefes no les importa la vida de las personas a las que matan. No les interesa si destruyen una familia con sus asesinatos, son todos ustedes unos hijos de puta que en lo único en lo que piensan es en llenarse los bolsillos con dinero.

-Edgar...

- ¡Cállese! -dijo Beaumont, dándole un fuerte golpe a Rabel con la mano que tenía libre, lo que ocasionó que Miguel cayera al suelo de rodillas. Edgar no perdió el tiempo y, acercándose a Rabel, le colocó el cañón del arma en la sien derecha.

-Escuche -balbuceó Rabel -le puedo decir el nombre del cliente...

Se ganó un golpe dado con la pistola en la boca. La sangre empezó a fluir. Edgar apoyó nuevamente el cañón en la sien de Rabel.

-Usted no sabe ese nombre, imbécil. Pero yo sí lo descubrí, Miguel, así que pierda cuidado. Era mi tío. ¡el propio hermano de mi padre! Lo hizo por cierto dinero que mi padre se negaba a darle, ya que mi querido tío Rudolf era un derrochador compulsivo. Pero esté tranquilo, querido señor Rabel. Rudolf Beaumont ya está muerto. Dele mis saludos en el infierno, si es que eso existe.

En ese momento se escucharon golpes en la puerta. Lo que no se escuchó fue el disparo que perforó limpiamente la sien derecha de Miguel Rabel. El asesino se puso en pie, con una sonrisa en el rostro. Los dos responsables del asesinato de su padre estaban muertos y por su mano. A él ya no le quedaba nada por lo que vivir. Los golpes en la puerta se hicieron más insistentes. Edgar supo que en unos segundos quien o quienes estuviera del otro lado la tirarían. Metió el cañón del arma en su boca y disparó. En

ese momento, cuando caía ya fulminado por el tiro mortal, la puerta también cayó producto de la arremetida de dos hombres musculosos de seguridad, que se encontraron a dos muertos en el suelo. Debían notificar a los jefes, claro. Ellos ya verían que hacer con esos dos problemas. No sintieron ni una pisca de compasión por los fallecidos, ni siquiera por Miguel Rabel. Aunque existiese la inmortalidad en esos tiempos, quien comerciaba matando por encargo estaba demasiado cerca de la muerte como para que esta no le tocara algún día.